



LAS DANKWORTH IV

OPHELIA

OLVIDAR O AMAR

PERLA ROT

¿Podrá Ophelia volver a amar después de perder al hombre que, creyó, sería su compañero para toda la vida?

Soñadora y romántica, Ophelia, la mayor de las hermanas Dankworth, se cubrirá de un halo de tristeza tras perder a su prometido. Envuelta en una monotonía que se trasluce no solo en su mirada, sino también en su vestimenta, deberá abandonar la casa de sus padres en Stratford e iniciar un nuevo camino. El cariño de la pequeña a la que debe instruir y el trato cordial que le dispensa lord Howard, el padre de esta, lograrán sacarla de a poco de esa nostalgia. Sin embargo, otros serán los sentimientos que se apoderen de ella cuando conozca al contable del noble, Liam Aldrich, quien no tiene el menor reparo en enfrentarla y juzgarla.

Una lucha de voluntades nacerá entre ellos, y solo cuando comprendan que olvidar no es dejar de lado sus sentimientos, podrán abrir sus corazones y reconocer el amor que los une.

Índice de contenido

Cubierta

Ophelia. Olvidar o amar

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*Porque los imposibles son posibles.
Nunca dejes de creer.*

*«Duda que ardan las estrellas, duda que se mue-
va el sol,
Duda que haya verdad, mas no dudes de mi
amor».*

Hamlet, William Shakespeare

Capítulo 1

Mediados de noviembre, 1878

Stratford-upon-Avon

Tiritaba.

El frío en esa época del año y a esa hora de la tarde — pasaban de las cinco— era una señal inequívoca de que el invierno se hacía cada vez más presente, y las nubes violáceas en el horizonte no hacían sino aumentar esa afirmación.

Apretó los dientes y contuvo el temblor de las mandíbulas, como así también se abrazó a sí misma para evitar que su cuerpo se sacudiera aún más. Quizás era la cercanía a un nuevo aniversario de la muerte de su padre, o tal vez que nunca había soportado bien el frío, lo cierto era que odiaba el mes de noviembre con todo su ser. O acaso era rabia el sentimiento que se apoderaba de ella en ese instante, no lo sabía. O no quería reconocerlo tampoco.

A los pies del arroyo que tantas veces había recorrido por la orilla junto a su familia, Ophelia se rodeaba la cintura con los brazos mientras las lágrimas comenzaban a poblarle las mejillas.

Amargas.

Nostálgicas.

Agridulces.

No importaba.

«Tonta y mil veces tonta», se reprochó, y, de un manotazo, se limpió el rostro y pateó una de las tantas piedras que se juntaban en el borde, la que salió disparada y se hundió en el agua a la vez que las ondas dibujaban sobre esta.

—Tonta y mil veces tonta —repitió en voz alta, y la cólera por haber sido tan ingenua le subió en forma de bilis hasta la garganta. Cerró los ojos y respiró profundo para intentar calmarse, pero la mente le jugaba malas pasadas y el recuerdo de los momentos robados y a escondidas con el hombre que creyó que la amaba se hacía presente para atosigarla. Allí donde se marchara, porque estaba segura de que no faltaba demasiado para que, al igual que sus tres hermanas mayores, dejara el hogar para emprender su propio camino, se llevaría consigo una enseñanza: aprender de su ingenuidad y jamás dejarse embaucar de nuevo por nadie. Una lección más, como las tantas que sus padres, con sabiduría, le habían inculcado.

Quieta, como ausente, mantuvo la postura por un tiempo que no pudo determinar, y solo emprendió el camino de regreso al hogar cuando sintió que la brisa se hacía más helada y que las luces del día se apagaban poco a poco.

—¡Ophelia! —la llamó Juliet ni bien traspasó el umbral de la casa—. ¿Dónde te habías metido?

—Por ahí —le respondió, y guio sus pasos hasta la cocina, en donde colgó en el perchero el chal que había llevado puesto y agarraba uno de los delantales. Tras anudárselo a la cintura, encendió el fogón, se calentó las manos y comenzó a buscar ingredientes y utensilios para preparar la cena—. ¿Mamá no ha llegado todavía? —indagó, y miró a la más pequeña de las Dankworth, que la había imitado y ya estaba preparada para ayudarla.

—No. Pero supongo que no tardará, ya sabes, seguro que la señora Clark la entretuvo más de la cuenta con su palabrería.

Ophelia sonrió con amargura. La mención a la mujer le causó tal hastío que creyó que vaciaría el estómago sobre

la mesa. Philomena Clark no se caracterizaba por ser una dama comedida, sino todo lo contrario. Desde que había llegado a Stratford hacía tan solo unos pocos meses, no había persona en el pueblo que no supiera de ella. Le gustaban los chismes, la moda y ser el centro de atención. Infinidad de veces se había preguntado Ophelia cuál había sido el motivo por el que la viuda de un *baronet* —había perdido a su esposo recientemente— eligió ese lugar en el mundo para continuar con su vida. A la distancia se notaba que lo suyo eran los enredos de sociedad, sin embargo, allí, a orillas del río Avon, pocas eran las historias a difamar.

Tampoco comprendía Ophelia por qué su madre tenía que cumplir con hacerle una visita cada tanto. Era consciente de que Cordelia Dankworth poseía un corazón más que bondadoso, pero eso de nada servía cuando las cuentas apretaban, aunque ya no estuvieran tan ajustadas como en un principio, tras la muerte de su padre.

Una idea cruzó por su mente y se alarmó. Tal vez por eso su madre había ido a ver a la mujer. ¿Y si ella sabía de...? Negó con la cabeza, no podía ser cierto. Había sido muy discreta y corrió con la ventaja de que sus hermanas mayores no estuvieran en el hogar. Juliet, por el contrario, solía andar metida en un libro y poco se enteraba de lo que sucedía a su alrededor, además de que todavía le faltaba madurar. ¿Y su madre? Cordelia era una dama muy despierta y sabihonda, estaba segura de que algo había intuido, pero su silencio la confundía.

—Ah, mis niñas —la oyeron decir, y ambas levantaron la vista para ver a su madre entrar en la estancia y colocarse ella también un mandil—. Siento la demora.

—No te preocupes, mamá, no tendremos la habilidad de Beatrice para la cocina, pero ya sabes que nos arreglamos bien en ausencia de ambas —comentó Juliet con cierta gracia.

—Habla por ti —se quejó Ophelia—, lo mío es puro instinto para no morir de inanición.

—Ophelia —la amonestó Cordelia, que notaba en su hija un considerable cambio en su actitud siempre risueña y cordial. Conocía sus razones, pero esperaba a que ella le contara. Optó por hacer mención de otro tema, aun sabiendo que lo que tenía para decirle aumentaría esa desazón que arrastraba en el último tiempo—. En breve, ya no tendrás que preocuparte más por ello.

—¿Cómo? —Ophelia detuvo todo movimiento y centró la atención en su madre—. ¿A qué te refieres?

—A que te he conseguido un puesto de institutriz en Camden y deberás viajar a inicios de diciembre.

—¿Diciembre? ¡Mamá! —rezongó Ophelia, que dejó con un golpe seco el cuchillo sobre la mesa—, ¿pretendes que pase Navidad y Año Nuevo fuera de casa?

—Y tu cumpleaños —acotó Juliet, que demostró en su voz la tristeza que eso le causaba.

Desde la ausencia del padre, las festividades de 1875 habían sido las últimas en que las seis habían estado juntas. Ophelia entendía que, a medida que los años iban pasando y sus hermanas dejaran el hogar, todo fuera cambiando. Pero tenía la esperanza de no marcharse ella también hasta que no tuviera otra opción. Y entonces venía su madre para decirle que debía irse antes.

—Sabes que no es lo que quisiera, hija. —Cordelia se acercó y le rozó la mejilla con los dedos—. Yo misma creí que partirías en enero, febrero quizás. Eso pensé cuando escribí a algunos conocidos en Londres y uno de ellos me respondió que lord Howard andaba en la búsqueda de una institutriz para su pequeña hija. Me llevé una absoluta y grata sorpresa al saberlo, ya sabes, yo fui quien instruí a las hermanas pequeñas de su difunta esposa, *lady Laughtly*.

—Pero ¿por qué el apuro? —indagó; aunque estaba molesta, también sentía como el desánimo aumentaba en su interior.

—La misma pregunta me la hice yo, Ophelia, y no hubo necesidad de averiguar el porqué, lord Howard fue muy

condescendiente al explicar sus razones sin tener la obligación de darlas. Esta mañana recibí una carta de él.

—Pues a mí no me interesan —volvió a quejarse—. Yo no quiero irme tan pronto.

—Lo sé, hija, pero tú, como lo han hecho tus hermanas mayores, también debes buscar tu propio camino. Además, nuestra economía sigue...

—No me des la misma excusa que a Miranda, mamá —la interrumpió—. Sabes que los números se me dan bien. La ayuda que hemos tenido de Beatrice primero y de Portia y Miranda después nos ha permitido estar mejor. Soy consciente de que también debo aportar, pero esperaba hacerlo más adelante.

—Lo sé, hija —repitió Cordelia—, pero ya le di mi palabra al lord. Por otro lado, no viajarás sola, la señora Clark se ofreció muy amablemente a acompañarte y verá que llegues sana y salva a Camden, lo cual me dejará más tranquila. Ella regresa a Londres para la misma fecha.

—Qué coincidencia —dijo con ironía, y prefirió no seguir comentando nada más. Le gustara o no, su destino ya estaba sellado.

* * *

—Solo quedaremos mamá y yo —oyó Ophelia decir a Juliet desde la puerta de la habitación que habían compartido hasta no hacía mucho tiempo.

—Es injusto —protestó Ophelia, que se incorporó en la cama e invitó a su hermana menor a sentarse junto a ella—. Si al menos me quedara hasta enero... Pero no, la alcurnia manda y nosotras debemos cumplir.

—Mamá dice que el lord es un buen hombre —lo defendió Juliet sin saber si eran ciertas sus palabras.

—Mamá es demasiado bondadosa como para ver maldad en alguien. Tiene un gran corazón, y no me quejo por que haya movido sus contactos, pero tenía la ilusión de pa-

sar las fiestas aquí, más cuando Portia viene de visita. No es justo —repitió, y ahogó el sollozo que le atenazaba la garganta.

—Te voy a extrañar —susurró Juliet, que no pudo evitar soltar unas lágrimas mientras se arrebujaba bajo su brazo.

—Lo mismo que a Beatrice, Portia y Miranda. Te acostumbrarás a mi ausencia como yo tendré que hacerlo a la de ustedes.

—Me escribirás, ¿verdad?

Ophelia la miró de soslayo y le sonrió con picardía.

—Por supuesto.

—Lo olvidarás —afirmó más que preguntó.

—Claro que no.

—Seguro que sí —se quejó Juliet, que se levantó de su lado y fue hasta el cajón de la cómoda—. Sé que falta todavía, pero... —Le entregó un paquete a su hermana.

—¿Qué es? —preguntó Ophelia, a quien no le agradaban mucho las sorpresas.

—Un regalo.

—Sí, me di cuenta de eso. —Le sonrió al tiempo que lo abría y descubría un par de hojas atadas por un costado. Pasó un dedo sobre la caligrafía con que su hermana menor le dedicó unas palabras: «Para que no olvides escribirme. Juliet».

Ophelia no pudo evitar que las lágrimas recorrieran sus mejillas, y se abrazó a la más pequeña de las Dankworth en agradecimiento y para demostrarle cuánto la amaba.

Capítulo 2

Ophelia observó la habitación desde la puerta. Habían sido tantos los momentos compartidos allí con su hermana menor que dudaba de irse. Sin embargo, no podía quedarse, su madre tenía razón, ella también debía forjarse su propio camino. Y era mejor hacerlo lejos; dejar atrás los campos y la libertad y calma de Stratford quizás la ayudara a olvidar el traspie que allí había vivido.

Se llevó la mano al rostro y secó las lágrimas derramadas. Iba a extrañar su hogar, mucho, pero tenía que ser fuerte, demostrar que ella podía ser como sus hermanas: mujeres valientes que se habían enfrentado al mundo.

Con un adiós silencioso en los labios, Ophelia se despidió de ese espacio que había visto cientos de travesuras, noches en vela, risas, llanto, amistad y amor. Giró y, de la misma manera, recorrió cada espacio de la casa, como si quisiera guardar en la memoria los más nimios detalles, y se detuvo frente a la ventana que daba al jardín trasero. Tragó el nudo que se le formó en la garganta y se encaminó hacia allí sin importarle la baja temperatura de esa mañana. Como la tarde en que estuvo cerca del río, se abrazó a sí misma y acortó la distancia hasta llegar al árbol de durazno que había plantado su padre cuando ella y sus hermanas eran apenas unas niñas. Levantó la vista y observó el cielo a través de las ramas casi sin hojas, vacío, tal como sentía su interior al pensar que faltaban tan solo un par de

horas para dejar atrás a su madre, a Juliet, la casa y su Stratford querido.

—Sigue en pie pese a que lo descuidamos un poco desde que Beatrice se fue. —Las palabras de Cordelia sonaron junto a su oído, y sintió el peso del abrigo que su madre le colocó sobre los hombros—. Valeroso y fuerte, como lo fue tu padre hasta el último día.

Ophelia sonrió con melancolía, recordar era el pasatiempo que venía practicando últimamente y, la verdad, no le agradaba en absoluto. Cerró los ojos por un instante y respiró hondo; quizás, si el aire frío penetraba en su interior, el dolor sería menor, pero no, aún dolían la pérdida de su padre y la partida de sus hermanas. Y más todavía el haber sido tan ingenua.

—Te hará bien ir a la ciudad —la oyó decir, y ella apenas curvó los labios en un gesto que fue más un acto reflejo que por el hecho de responderle—. Y olvidar...

Ophelia miró a su madre y supo que estaba al tanto del enamoramiento que había tenido por Oswald, el joven hijo de una buena familia que había estado de visita en Stratford por un corto período de tiempo, que la había ilusionado con palabras bonitas y dulces, que la hizo vivir un amor idílico, en secreto, alejado de la vista de la mayoría. Como una tonta, había caído en su juego, en su trampa, creyendo que eran ciertos sus dichos, que lucharía por ella, por el amor que, decía, le tenía.

—Yo... —balbuceó, dudosa. Si bien siempre sus padres habían sido de mente abierta, inculcándola a ella y a sus hermanas con cierta libertad y pensamientos que muchas veces distaban de la sociedad en la que vivían, no supo qué decirle.

—No es necesario que me cuentes nada, mi niña. Una madre sabe cuándo callar, yo lo he hecho, pero también, cuándo actuar y, gracias al cielo, no tuve que hacerlo. En mis tiempos de juventud, viviendo en una ciudad como Londres, he visto y oído demasiado. Y jóvenes como el se-

ñorito Kenwood siguen siendo, a día de hoy, el motivo por el cual, muchas veces, muchachas como tú terminan siendo la comidilla de la sociedad londinense.

—Yo creí... —dijo Ophelia en un sollozo.

—Que te amaba, lo sé.

—Fui tan tonta... —Dejó caer la cabeza en el hombro de su madre.

—Oh, claro que no, hija. Solo te dejaste llevar por la ilusión de un primer amor.

—Quizás... —hipó— quizás tendría que haberle comentado algo a Beatrice, o a Portia, o a Miranda en alguna carta. Ellas tal vez podrían haberme aconsejado.

—O a Juliet —agregó Cordelia acariciándole el cabello.

Ophelia levantó la vista e hizo una mueca.

—¿A Juliet? —Rio aun sin quererlo—. Definitivamente, no a ella, mamá, no entendería, es pequeña aún.

—Tienes razón, siempre lo será para todas, nuestra pequeña Juliet.

Ophelia se limpió las lágrimas y respiró profundo; el aire frío de la mañana la recompuso en parte.

—Como papá y tú nos han enseñado, he aprendido una lección: el amor duele, y yo no volveré a poner en juego al corazón —dijo decidida—. No voy a sufrir otra vez.

Cordelia le sonrió en silencio y prefirió callar, al menos por el momento, las palabras que le demostrarían lo contrario.

* * *

Varias horas en tren podrían haber sumido a Ophelia en un cansancio que se le notara en la cara, sin embargo, no era eso lo que denotaba su rostro, sino el fastidio de haber tenido como acompañante a la señora Clark, que no había dejado de hablar durante todo el trayecto. Si le hubiera prestado atención —algo que no hizo—, se habría enterado de cada una de las personas que habían subido y baja-